

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*Las excursiones institucionistas y la Sierra de Guadarrama**

Cualquiera que haya tenido interés por el excursionismo científico y pedagógico conoce el decisivo patrón que otorgó la Institución Libre de Enseñanza al sentido y a la forma de esta actividad. Y lo sabrá oportunamente por las contribuciones que ha venido haciendo a este asunto Nicolás Ortega desde hace cerca de veinte años. Por afán de jalonar esta producción en progreso (su conjunto podría ser otro libro de este autor o un tomo de unas futuras obras completas) citaré aquí tres de esas aportaciones: su artículo de *Estudios Turísticos* de 1984 sobre conocimiento geográfico y actitud viajera en la Institución, su capítulo de 1998 sobre el descubrimiento cultural de la Sierra de Guadarrama, en el libro *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, y esta obra que ahora reseñamos. Rigor, claridad, cultura de fondo e inteligencia, es decir, calidad intelectual, presiden siempre todos los escritos de Nicolás Ortega. Pero, en este caso, a la finura de análisis se añaden una afinidad con los pensamientos recogidos y una implicación en el asunto tratado: en el legado institucionista, en la excursión como método y en la Sierra de Guadarrama como paisaje.

Pero este libro es, finalmente, una investigación geográfica, en las profundidades de esta palabra. Es el resultado maduro de un proceso de investigación en uno de los más interesantes trasfondos de un sentido propio de la Geografía. Es una indagación en una de las manifestaciones culturales que han tenido incidencia

inmediata, con contenidos mayores, en la geografía española. Tras su examen de las fuentes directas, su exposición en los trabajos mencionados permite armar ese fondo de un modo que atañe directamente al concepto de paisaje geográfico y a una de sus maneras fértiles, concretas, de aproximación intelectual y de percepción moral.

Esta obra se publica en un adecuado entorno editorial. Se incluye en una colección que ha abordado temas complementarios de recuperación y de estudio de cultura de la naturaleza en España. Dirigida por Joaquín Araújo, sus títulos se refieren, por ejemplo, al carácter conservacionista de la obra de Pedro Pidal, al trabajo científico y al regeneracionismo de Lucas Mallada, a los escritos de nuestros naturalistas entre 1868 y 1936 o a la imagen del paisaje en la Generación del noventa y ocho. Incluir en tal conjunto el objeto del libro de Nicolás Ortega, completa y enriquece esa biblioteca.

Si el paisaje es una formalización de hechos geográficos, de contenidos y de valores apreciables para la educación, su expresión en la Sierra de Guadarrama se convierte en un excelente recurso didáctico y cultural, material y simbólico, por sus cualidades, su enraizamiento y su accesibilidad. Se crea así una sensibilidad específica y una concreción en la práctica del guadarra-mismo que, a la vez que recibe ese beneficio educativo de la naturaleza, otorga una cualificación y un sentido cultural, en parte propio, a esta sierra. No generalizadamente o de modo abstracto, sino con nombres de lugares concretos, como Peñalara, el Reventón, la Pedriza, el Paular, en los que se integran y confunden significantes y significados.

El objeto de estudio posee importancia en sí mismo, pero, más allá de su contenido propio y local, hay otros de más largo alcance, por un lado en el entendimiento

* ORTEGA CANTERO, Nicolás (2001): *Paisajes y excursiones*. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama. Madrid, Raíces y Caja Madrid, 333 págs.

preciso (en este aspecto clave) de Giner y de la Institución, y, por otro, en la influencia que estos planteamientos acabaron teniendo en una modalidad de la activación tardía en España del viaje a la naturaleza, movimiento cultural y social (concretado en el excursionismo) ya afirmado tiempo antes en las iniciativas y valores de la Europa ilustrada y romántica y en las actitudes geográficas de temple humboldtiano. Modalidad, en cualquier caso, con particular trascendencia en el horizonte cultural propio. Como señala Nicolás Ortega, Giner

«se mostró siempre partidario de prestar mucha atención a los “progresos” de otras naciones en esos campos, y de incorporarlos, con las adaptaciones precisas pero sin desvirtuar su sentido, al propio quehacer».

Nicolás Ortega aplica a su exposición un método de información progresivo y varias veces convergente. Inicia el libro con una muestra general de la noción de paisaje en el marco que requiere la época y el grupo que se van a estudiar, con claras referencias conceptuales geográficas, lo que equivalía a un criterio de modernidad. Sigue con una exposición sobre la naturaleza y la imagen del objeto físico tratado, la Sierra. Continúa por los planteamientos, el talante y los intereses excursionistas ginerianos (la visión personal y directa del mundo), por la práctica metódica de esas excursiones (la suma de la pauta y la vida, el cuestionario y el goce, la «observación sensible») y su orientación educativa. Define los objetivos locales concretos, el Ventorrillo, el Paular y su Cartuja («rincón apacible de soledad y de ventura», decía Mesa, expresión a la vez de talento para el arte y de habilidad para convertirla en ruina), Peñalara, Cercedilla, Navacerrada, Miraflores... Precisa sus significados e imágenes, así como los conocimientos del Guadarrama que permitían la realización de su propósito (recordemos la fundación de la ilustre «Sociedad para el estudio del Guadarrama» en 1886), que se incrementaban y difundían con su ejercicio y de los que acabaron derivando aplicaciones, como la proteccionista de determinados parajes selectos de la Sierra. Al final del recorrido, Ortega vuelve a una consideración decantada del paisaje castellano y de la misma idea de paisaje arraigada en este proceso cultural.

Paisaje y excursionismo van juntos, porque éste es el medio apropiado para enterarse de aquél. Concepto cualitativo y práctica guadarramista aparecen asociados entre sí, es su mutua condición, y, claro está, obedecen ambos a las aspiraciones e ideas ginerianas. El acercamiento físico al paisaje se planteaba, pues, como un proceso identificativo de claves propias, como una bus-

ca de ciertos rasgos de la identidad colectiva en sus materializaciones en el escenario geográfico y como una posibilidad no sólo de aprendizaje de objetos, sino de ejercitar inteligencia, sensibilidad e imaginación, aparte del cuerpo.

Parecen, además, residir la concepción geográfica y el entendimiento paisajístico de esta sierra concreta (lo que importa en su posterior proyección, el carácter que va a adquirir de modelo conceptual) en unas fuertes raíces naturalistas, en la entonces elaborada interpretación científica de la Sierra. «El acercamiento al paisaje es un modo de acercarse al conocimiento del orden natural del mundo y del lugar que el hombre ocupa en él», escribe Ortega, y «el paisaje se entiende, además, como una realidad dotada de sentido». Así, lo demás, comprensión y valoración cultural, irán en paralelo con tal fundamento; de este modo, la expresión del paisaje se hará como una metáfora naturalista.

Como resultado, esa expresión también revertirá en una imagen renovada del Guadarrama, un descubrimiento de sus valores latentes y una atribución de valores simbólicos a sus lugares. Hay efectos múltiples de reciprocidad en el sentimiento del paisaje; pero, en esta escuela, tal sentimiento pasa necesariamente por el Guadarrama, el revelador Guadarrama, provocador de entusiasmos, y está ponderado por aquel rasgo esencial que Machado atribuía a Giner: «amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales».

Este entusiasmo cabal tuvo un carácter irradiante. Azaña llegó a escribir sobre Giner que «cuanto existe en España de pulcritud moral lo ha creado él». Su herencia fue directa en el modo de entender el excursionismo en ciertos grupos, particularmente a través de Constancio Bernaldo de Quirós y de la sociedad de alpinismo *Peñalara*, y de su manera de comprender el paisaje, incluso en la pintura, como en el caso de Beruete, o en la literatura, como dijeron sin asomo de duda los escritores Machado, Azorín y José Ortega. La Sierra de Guadarrama fue en todos los casos la referencia objetiva.

Termina este libro sobre las honduras que dieron fundamento a una perspectiva del paisaje que también influyó en un sector de la geografía posterior, señalando justamente el sentido de esa trayectoria. El maestro Humboldt hubiera añadido:

«cuanto de grave y de solemne se encuentra en las impresiones que señalamos, débenlo al presentimiento del orden y de las leyes, que nace espontáneamente al simple contacto de la naturaleza».

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN